

# LOS ESTUDIOS DE GEOGRAFÍA URBANA HISTÓRICA EN ESPAÑA. BALANCE Y ESTADO DE LA CUESTIÓN

---

Sergio Tomé

Departamento de Geografía. Universidad de Oviedo.

## 1. La Geografía urbana clásica, una disciplina histórica

Los primeros trabajos geográficos sobre ciudades españolas fueron redactados, con pocas excepciones, en los años inmediatamente posteriores a la Guerra Civil. Su contenido resultaba muy próximo a la Historia por razones de método, fuertemente arraigadas en las *tradiciones geográficas*, que alimentaron por igual a las otras especialidades de la misma disciplina y en toda Europa. Esos estudios pioneros acusaban sobre todo la influencia de la geografía francesa de entreguerras, exportada a través del método de Blanchard (1922). De ahí que fuesen monografías locales, no estrictamente dedicadas a la ciudad del pasado, pero utilizaban la perspectiva temporal para reconstruir la evolución de los núcleos, estableciendo una periodización. Más aún, la aproximación era fundamentalmente morfogenética (emplazamiento, plano, unidades urbanas), sustentada por tanto en referencias históricas, mientras que el análisis de las actividades y la organización social solían quedar relegados a un segundo plano (Capel Sáez, 1976; 1988; Higuera Arnal, 1982).

Los años sesenta vieron multiplicarse el volumen de estudios integrales sobre ciudades, realizados por los grupos de trabajo existentes en Madrid, Zaragoza y el ámbito catalán-valenciano, que cobran fuerza como para cubrir una fracción reactivamente significativa del territorio nacional. En la capital, donde el tamaño de la aglomeración obliga pronto a enfrentarse con ámbitos espaciales menores (barrios o núcleos periféricos), Manuel de Terán ofreció en 1961 lo que podríamos considerar un modelo de trabajo para la Geografía histórica de las ciudades, en sus artículos sobre las calles de Alcalá y Toledo y el desarrollo espa-

cial de Madrid desde 1868. Esos escritos, que manejaban simultáneamente las dimensiones espacio y tiempo para un horizonte adentrado incluso más allá de la época contemporánea, servirían como referencia para un sinnúmero de investigaciones posteriores que fueron perfeccionando el acercamiento al objeto. Por los mismos años asomaban las primeras publicaciones exclusivamente históricas acerca de la cartografía decimonónica o las poblaciones de planta regular (García Ballesteros, 1981, Vila Valenti, 1986).

Conforme vaya tocando fondo la urbanización desarrollista del país y sus ciudades entren en crisis, correlativamente con el deterioro y caída del régimen fascista, la especialidad geográfica dedicada a las ciudades conocerá una expansión que la sitúa en cabeza y como motor de la disciplina (Valenzuela Rubio, 1985). A ese contexto de la década de 1970 también pertenece la llegada de las categorías intelectuales neopositivistas y los instrumentos cuantitativos, que originan una diversidad metodológica frente a la unidad de criterios preexistente. Cierta parte del colectivo derivó hacia planteamientos teoréticos enarbolados entonces de manera excluyente y que, debido en parte a su procedencia estadounidense, negaban el humanismo y la transversalidad natural con la Historia. El estudio del pasado fue objeto de denigración al asociarlo con una ciencia *tradicional*, poco explicativa y escasamente operativa para atender las demandas del planeamiento y del sistema capitalista. Frente a las cuales la alternativa no parecía otra que una Geografía matematizada, técnica, más complaciente y por lo regular mimética con la Economía.

Tan brusco giro no llegó a cuajar en la medida en que cabía temer, aunque los métodos en cuestión se hicieron hueco y mantienen una presencia considerable en la Geografía actual. Sin negar algunas consecuencias positivas que esa forma de trabajar ha reportado a la disciplina, una vez suavizado el maniqueísmo inicial, parece claro que generó división pero no logró dismantelar la herencia metodológica. Al contrario, para muchos, la interpretación genética continuaba representando no sólo el método más eficaz, por oposición a los estudios de tipo informe que únicamente proporcionan una instantánea actual venida de la nada. Entender las cosas así también comienza a significar, en ocasiones, una opción ideológica.

Puede decirse que la Geografía Urbana clásica salió fortalecida del debate de los años setenta al evolucionar hacia un mayor rigor científico y preocupación social (Campesino, 1985). Por un lado, el vacío de conocimientos obliga a proseguir con las aproximaciones locales de carácter global, planteadas en términos de dinámica temporal (Valladolid, Salamanca, Oviedo, Cuenca), y cuya influencia se dejaría sentir en

obras más tardías. Ahora bien, el aumento de tamaño de los núcleos urbanos y su creciente complejidad llevan paralelamente a seleccionar objetos mejor abarcables, cobrando entonces impulso los estudios de barrios como escala de análisis más operativa. Que, sin abandonar el tratamiento histórico permite introducir un mayor soporte documental con el consiguiente enriquecimiento temático, gracias al cual se afianza el conocimiento de la organización interna de las ciudades. La estructura de propiedad como factor de base, la producción de suelo y la promoción inmobiliaria, es decir los mecanismos de producción del espacio urbano, van a representar las nuevas prioridades que con frecuencia condujeron al compromiso ético o la lectura crítica. Entre las obras de mayor relevancia con seguridad se encuentran los estudios de barrios debidos al grupo barcelonés (Sants, La Barceloneta) y la tesis de Mas Hernández sobre el Ensanche de Madrid (1977), abordando por vez primera lo que después resultará un tema estrella para la Geohistoria.

Aparte de los imperativos de orden metodológico, el acercamiento a la ciudad del pasado representó la reacción lógica frente a los desmanes urbanísticos franquistas y la inconmensurable destrucción del patrimonio cultural, cuya magnitud comienza a ser ponderada cuando aún no se poseen ni instrumentos legales ni la suficiente cultura cívica como para reconducir la situación. Tales circunstancias hacían más palpable el desajuste con otros países europeos, entre ellos Alemania, donde por aquellos años ya era práctica habitual la protección de los monumentos industriales o las colonias obreras.

En ese contexto no resulta extraño que el primer manual español de Geografía Urbana, obra de Horacio Capel (*Capitalismo y morfología urbana en España*, 1975), fuese igualmente la primera Historia Urbana del país, al aportar una sistematización de las etapas de desarrollo de las ciudades. Otras investigaciones publicadas durante el mismo arco temporal de los setenta permiten hablar con propiedad de una Geografía Urbana de carácter histórico, que va abordando a escala local materias como la Desamortización (Gómez Mendoza, 1975), los paisajes tradicionales (Martínez de Pisón, 1976), las transformaciones morfológicas (Ruiz Palomeque, 1976; Brandis García, 1978) y las tipologías de vivienda (Pérez González, 1971).

## 2. Los años ochenta, la época dorada

La democratización política coincidió en el tiempo y contribuyó en gran medida al apogeo de la Geografía Urbana, entre otros motivos por

el eco que las investigaciones comenzaron a hallar en instancias extraacadémicas. Al convertirse la especialidad en cuadro de trabajo preferente para la comunidad de geógrafos, recoge igualmente un mayor aporte de movimientos cristalizados en otros países, que traen consigo una considerable diversidad temática. El grueso de los estudios urbanos continúa insertándose en un encuadramiento temporal, resultando trabajos diacrónicos que reconstruyen procesos hasta la actualidad. A ese grupo pertenece la última generación de monografías locales (Cáceres, Ferrol, Alicante, Algeciras, entre otras), que suelen hacer más hincapié en la crisis urbana o social, pero su número no va a resultar suficiente para generar conocimientos de base que estimulen la reflexión de conjunto.

Entre los objetos de análisis más característicos durante los ochenta se encuentra la producción social del espacio urbano, denominación genérica de un territorio temático amplio (propiedad, política urbana, planeamiento, producción de suelo y vivienda), apoyado en el empleo de nuevas fuentes fiscales y registrales (Tatjer Mir, 1982; Mas Hernández, 1986) que encaminan la exploración hacia el pasado: morfología catastral histórica, Ensanches, parcelaciones obreras. Gran parte del interés se aglutinó asimismo en torno a las bases de actividad urbana, que obligan a plantear las relaciones históricas de la ciudad con la industria, los puertos o el ferrocarril, en núcleos cuyo tamaño salta desde Madrid o Las Palmas hasta Gijón, Manresa, Algeciras o Avilés. El otro frente de investigación más claramente trazado se inclinó por los estudios integrales de barrios, bien fuesen los cascos antiguos al ponerse en marcha el proceso de recuperación, los espacios centrales o las periferias, practicando con frecuencia en esos retazos del mosaico urbano una interpretación morfológica que también cobra carta de naturaleza en publicaciones sobre el paisaje residencial o el plano parcelario.

Por la misma fecha ven la luz los primeros balances sobre la evolución y estado de la Geografía Urbana española (Carreras Verdaguer, 1984; Mas Hernández, 1988), que dan cuenta de la revaloración del pasado como uno de los rasgos más novedosos en la disciplina. Cuya entidad llega al punto de cristalizar en una corriente calificada como Geografía Histórica de las ciudades, que debería recuperar la memoria urbana para devolver al país parte de la cultura cívica perdida y facilitar la comprensión de los problemas urbanos actuales. Al desplazarse el centro de atención hacia el pasado, como vía de acercamiento a un objetivo que es la ciudad de hoy, se abre un campo de investigación sugerente desde todos los puntos de vista, llamado a crecer y encontrar reconocimiento social.

En realidad no hace sino retomar las mejores tradiciones geográficas, aplicándolas a un ámbito de conocimiento cuya riqueza fuerza a la integración disciplinar. De hecho, los estudios que se realicen no distan tanto de las obras tradicionales sobre el crecimiento espacial de las ciudades, aunque ya no suelen reconstruir los procesos ni la secuencia de etapas hasta el presente para evitar la falta de profundidad. Por otra parte ahondan en extremos tratados antes más epidérmicamente, como los factores socioeconómicos del proceso urbano o la morfología entendida en sentido integral: elementos estructurales (planta viaria, parcelario, propiedad), modelos de ocupación del suelo, formas construídas y tipos de vivienda. Es decir, todos los apoyos del razonamiento geográfico que permite comprender tanto el crecimiento de la ciudad como su diferenciación interna, y los incesantes cambios practicados en la trama urbana. Todo ello significa en fin recuperar el objeto y la idea del paisaje, como fruto de unas relaciones sociales de producción. Donde operan las circunstancias del mercado inmobiliario, la política urbana y las sucesivas concepciones de la ciudad, expresadas en el lenguaje arquitectónico y urbanístico.

Los periodos temporales hacia los que se mostró mayor predilección durante los años ochenta fueron el siglo XIX, especialmente su segunda mitad traída con frecuencia al primer tercio del XX, más la época correspondiente a la Dictadura de Franco. Mas Hernández (1989) habla de *culto al Diecinueve*, justificado por la magnitud de unas transformaciones que sentaron las bases y fijaron los mecanismos de la evolución posterior. Pudiendo además esos cambios ser documentados rigurosamente y sin los escollos con que suele topar el investigador cuando trata de acceder a información más reciente. Hasta cierto punto la exploración y puesta en valor del producto urbano ochocentista incluía también un ingrediente de rechazo a la mediocridad del desarrollismo, que malbarató el legado de las generaciones precedentes y apartó al país de las corrientes urbanísticas europeas.

Ciertas publicaciones, las de carácter más totalizador, se dedicaron a recrear la organización o el despegue de la ciudad del capitalismo industrial, con estudios locales (Bilbao, Vilafranca del Penedés, León, Oviedo) relativamente susceptibles de extrapolación. Otros trabajos abstraen facetas destacadas del proceso urbano decimonónico o del cambio de siglo como la reforma interior y el saneamiento de poblaciones, la industrialización, la aparición de la vivienda obrera o los orígenes del transporte urbano.

Por su lado, no pocos geógrafos tomaron como objeto las expresiones de la ciudad en el contexto político del régimen dictatorial y en el

marco de las coyunturas económicas que señalan el paso desde la autarquía al desarrollismo y la crisis de los setenta. Así fueron desvelándose los pormenores de la reconstrucción de ciudades devastadas por la guerra (Teruel, Oviedo), el despegue demográfico posterior o la promoción pública de viviendas que añade al espacio urbano un nuevo elemento: las barriadas y polígonos (Sendin García, 1990). Prueba en fin del empuje que con esas aportaciones iba cobrando la perspectiva historicista viene dada por la asimilación de métodos procedentes de la Geografía histórica francesa y anglosajona (Vilagrasa Ibarz, 1985).

### 3. La evolución reciente

Desde los años noventa hasta la actualidad el crecimiento y transformación de la Geografía Urbana ha estado presidido por una serie amplia de factores y circunstancias, parte de ellos generales al común de las ciencias, que hacen de la relación con la Historia un hecho complejo y de difícil lectura. En efecto, sobre la Geografía operan hoy simultáneamente fuerzas que nos distancian e impulsos que nos acercan a la ciencia histórica. Entre los primeros, que abren una brecha entre ambas, ha sido decisivo el reflujo de las Humanidades y la dispersión de las disciplinas de Letras al amparo de las nuevas licenciaturas. Ante el imperativo de garantizar la supervivencia académica abriendo nuevos horizontes profesionales, la Geografía se vió impelida a optar por una alternativa más técnica, que parecía acomodarse mejor a los requerimientos de mercado, a las exigencias de la revolución informática y a la propia naturaleza de la disciplina. Ese salto, indudablemente necesario, debería haberse realizado de manera más meditada, para asegurar una mejor preservación de los valores de la ciencia tradicional y el mantenimiento de la afinidad natural con la Historia. Pues dicho vínculo, no lo olvidemos, fue el motor que alimentó el progreso de la disciplina desde el siglo XIX. El caso es que la Geografía entra de lleno a cultivar nuevos campos, como el desarrollo local, los S.I.G., el medio ambiente y los riesgos, el turismo y la salud. Lo hace con cierta satisfactoriedad, por lo menos en algunos casos, de manera que se moderniza. Pero también, y en parte a consecuencia de la escasa reflexión teórica, dispersa inconvenientemente sus contenidos perdiendo cuerpo y referencias científicas que ayuden a centrarla. Con lo cual también se ve desprovista de parte de su fuerza, y su identidad queda un tanto diluída. Sobre todo cuando renuncia a efectuar aproximaciones temporales, obviando la consideración del sustrato histórico sobre el cual se

han esculpido tanto las formas de paisaje como la estructuras territoriales actuales.

Entre otras especialidades, la Geografía de las ciudades viene acusando en muy alto grado la incidencia de ese efecto *distanciador* con respecto a la Historia. Cuyos principales responsables no dejan de ser los profundos cambios en el orden político, económico y social, desencadenados tras la entrada de la *Era Informacional* y la globalización. Traen necesidad de atender nuevas demandas, como el tratamiento y representación gráfica de volúmenes ingentes de datos relativos al espacio urbano, y a la vez obligan a priorizar la comprensión de los procesos más recientes, por su dinamismo, su capacidad transformadora y porque suelen presentarse cargados de contradicciones cuando no verdaderamente amenazadores. Como la exclusión del desarrollo, al que parecen condenadas buena parte de las ciudades del país. En esas condiciones el trabajo con las realidades geográficas pretéritas inevitablemente se resiente, quizá sin verdadera justificación puesto que el conocimiento del pasado resulta aún muy incompleto y está necesitado de una reflexión crítica, que con toda seguridad proporcionaría claves fundamentales para entender no pocos de los problemas y los cambios más actuales.

Al propio tiempo y como parte del mismo proceso, que se ve acompañado por una irrupción avasalladora de la ideología conservadora, la Geografía Urbana ha tenido que acompasarse en alguna medida al modelo de ciencia neoliberal. Que en su planteamiento más rotundo sería una disciplina escasamente crítica, más práctica que reflexiva, donde el recurso a la técnica pueda suplir, en caso necesario, la insuficiencia del saber. Una ciencia que profese culto a la modernización y la competencia, desempeñándose con pragmatismo empresarial en el *márketing* urbano y el planeamiento estratégico, pues el valor de sus investigaciones se mide en términos de mercado. ¿Cabe ahí la Historia?

Felíizmente esa es sólo una faceta de la realidad bastante más diversa en que nos movemos, donde de manera simultánea operan fuerzas de otro signo, que suscitan la aproximación a la ciencia histórica. Sin entrar en una exposición prolija de los factores desencadenantes de ese reencuentro, es necesario insistir al menos en el hecho fundamental de que la antigüedad, y por tanto la dimensión histórica, se han extendido por un ámbito mucho mayor de las ciudades. Desde los Ensanches, ya en su mayoría centenarios, hasta las periferias históricas, los asentamientos proletarios de primera generación y los barrios de ciudad-jardín, sin olvidar los espacios industriales, ferroviarios o portuarios del primer capitalismo. En todos los casos se declaran problemas propios

de la ciudad del pasado (obsolescencia, deterioro, vulnerabilidad, necesidad de salvaguardia) o, en el caso de las estructuras productivas, llega a agotarse el ciclo de vida mientras concurren ventajas para la inversión que se traducen en derribos o en grandes proyectos de renovación urbana. Al multiplicarse los escenarios históricos y hacerse patente en ellos tanto la degradación como la transformación morfológica, se asiste a un paulatino enriquecimiento de la noción de patrimonio. Que, vinculada a la política de protección y rehabilitación, salta a partir de los años ochenta desde la ciudad preindustrial a la ciudad burguesa, a la industria, lo rural y lo *menor*.

El papel que desempeña la puesta en valor del patrimonio cultural en el fortalecimiento de la Geografía Urbana Histórica, va mucho más allá. La creciente atención concedida a espacios urbanos de menor edad resta algo de protagonismo a los cascos antiguos, pero no les sustrae su condición de campo privilegiado para un tratamiento científico geohistórico, del que todavía carecen numerosas ciudades. Su necesidad es tanto mayor en cuanto que el debate sobre la recuperación de los centros históricos continúa muy vivo, a pesar de los extraordinarios logros alcanzados, por la dificultad de compatibilizar objetivos de mercado con finalidades culturales y más aún sociales. La búsqueda de un equilibrio obliga a replantear la intervención, intensificando el soporte histórico de las investigaciones y de los instrumentos de planeamiento, para lograr mayor eficacia en la preservación selectiva de los paisajes y conjuntos heredados.

Más aún, a lo largo de los años noventa entraron en juego otros condicionantes en la configuración de la política urbana. Entre ellos las estrategias de promoción de ciudades, el auge del turismo y la terciarización, así como la irrupción del pensamiento relativo a la sostenibilidad. De un modo u otro, esos nuevos referentes acentúan el interés o la necesidad de proteger y rentabilizar el legado urbano, mediante procedimientos flexibles que en su caso aseguren la adaptación o reutilización. En definitiva, fuerzan el acercamiento a la ciudad del pasado, hacen imprescindible la aproximación diacrónica y pluridisciplinar.

Fuera de ahí hay que contar con un hecho añadido, independiente de la demanda social. Se trata de la reivindicación de la Historia, por parte de un fragmento relevante del colectivo de geógrafos, preocupados por la falta de continuidad con respecto a la tradición científica y la consiguiente devaluación de la disciplina. El momento no puede resultar más oportuno para la discusión, pues la Geografía parece estar entrando con el cambio de siglo en una de esas crisis que le afectan periódicamente. La de ahora se manifiesta de forma directa en la enseñanza,

aunque indudablemente guarda relación con el escaso reconocimiento social y la exigüidad del mercado laboral, si bien este viene experimentando un moderado crecimiento vinculado a la técnica. Los problemas están presentes en todos los niveles educativos. La Geografía escolar y del bachillerato están provistas de una carga muy insuficiente de contenidos geográficos, poco atractivos, exageradamente cercanos a la Economía cuando no incurren en una exaltación regionalista, y por lo regular no recogen ni los alicientes ni las aportaciones de la Geografía universitaria. A esta le afecta medularmente el mal general del descenso de matrícula, llegando al extremo de plantear en algunos casos problemas de supervivencia, que obligan a considerar la posibilidad de un parcial retorno al campo de las Humanidades. Para muchos geógrafos, el apartamiento del tronco original representa un coste excesivamente elevado.

#### 4. Las materias geográficas de la Historia Urbana

A partir de la producción bibliográfica del último decenio, un balance aproximado debe comenzar por reconocer que, entre los geógrafos, el estudio de la ciudad en el pasado representa una opción minoritaria, situada muy por debajo del potencial de conocimiento, aunque su capacidad basta para atender un amplio espectro temático. Cosa distinta es, como ya se dijo, la trascendencia que en el conjunto de la especialidad posee el análisis de los elementos urbanos heredados en su evolución. Es decir lo que del ayer subsiste, su transformación e influencia en la estructura y la morfología urbanas actuales.

El impulso alcanzado durante los años ochenta germina en escritos de carácter general, como el capítulo de la *Geografía de España* de Planeta reservado para la formación de las ciudades y el proceso de urbanización (Carreras; López, 1990). Por su parte, la voluminosa obra que Quirós Linares (1991) dedicó a las ciudades españolas del siglo XIX representó la mayor tentativa de sistematización, señalando el cénit de la Geografía Urbana Histórica. Para entonces ya se habían asegurado núcleos o individuos entregados a la investigación en un conjunto amplio de universidades: Madrid, Barcelona y Lérida, junto con Oviedo, León y Cantabria. Además, Sevilla y Córdoba, Valencia o Valladolid son de mención obligada, al igual que Santiago, Baleares o Las Palmas entre otras.

Revistas como Estudios Geográficos, *Ería*, *Anales de Geografía de la Universidad Complutense* o *Ciudad y Territorio* (antes de fusionarse

con Estudios Territoriales), han venido siendo vehículo de difusión para los trabajos menos extensos. Que, sumados a las publicaciones mayores, dan idea de un cuerpo coherente y una formulación teórica no explícita, aunque resultan dispersos y predominantemente locales. Por otro lado suelen mostrarse más proclives a interpretar el modelado espacial de la ciudad que los motores económicos situados en su base, o la comunidad social que fue bien protagonista o víctima de aquellos cambios. Dicho de otro modo, la materialidad física parece obtener preferencia con respecto a los contenidos, actividades y formas de vida urbanas.

Si valoramos en primer término las investigaciones exclusivamente históricas, ordenándolas con arreglo a los arcos temporales abordados, resulta una lógica desproporción favorable al siglo XIX. Los modelos urbanos preindustriales están menos trabajados, de manera que al estudiar la ciudad medieval, renacentista o ilustrada no se suele ir mucho más allá de las formas físicas contenidas en el actual casco antiguo. Aún así no es poco el saber acumulado sobre los extremos de mayor interés, desde las reformas de Felipe II (Izquierdo Álvarez, 1993) o el urbanismo dieciochesco, hasta las fortificaciones y la morfología parcelaria, explotando documentación cartográfica. Pero eso no alcanza para una comprensión integral ni mucho menos cubre el territorio histórico, de manera que en nuestras interpretaciones de conjunto no es infrecuente el apoyo en materiales suministrados por otras disciplinas.

Bastante mayor profundidad alcanza el tratamiento del fenómeno urbano propio de la Era Industrial, desde perspectivas diversas que no excluyen la explotación de testimonios literarios suministrados por viajeros de los siglos XVIII y XIX, para extraer los materiales relacionados con la percepción del paisaje urbano. No han cesado de aparecer obras locales de sentido integral sobre la formación de las ciudades contemporáneas (Logroño, Mataró), aunque tienden a predominar los estudios sectoriales. Entre ellos carece todavía de relieve la funcionalidad urbana, en su sentido más lato que incluye las actividades productivas y de distribución, las modernas infraestructuras de transporte y en general la diversificación del uso del espacio. No obstante la demanda generada en torno al patrimonio cultural y el marketing urbano está incentivando el acercamiento a la industria histórica, como agente fundamental que fue en la organización tradicional del espacio urbano, y generador de los restos arqueológicos con mayor entidad física (Almuedo Palma, 1996). Por su parte, el crecimiento de un campo de investigación geográfico sobre las áreas litorales ha servido indirectamente como vía de aproximación a un tipo urbano decimonónico, el de los balnearios marítimos.

Los temas clásicos de la Geografía Urbana histórica son quizá los más directamente relacionados con la transformación espacial que se produce a partir de la ciudad heredada. Hay estudios sobre el derribo de las fortificaciones (Suárez Japón, 1999) y la modernización de la trama arterial, pero no es suficiente el conocimiento de los aspectos relativos a la producción de rentas inmobiliarias, los cambios de uso y la conquista social de la vieja ciudad. De manera simultánea con esa reforma interior de poblaciones iban sentándose las bases para un crecimiento extramuros, que desde la perspectiva geográfica se ha analizado utilizando como variable explicativa el papel de la propiedad de la tierra y el mercado del suelo, en la materialización física del desarrollo urbano. Desde las desamortizaciones y el rescate de los espacios defensivos hasta los proyectos de Ensanche, parcelaciones y ciudades-jardín (Romero; Azagra, 1993; Mas Hernández, 1993; Tatjer Mir, 1993).

El mayor protagonismo dentro del proceso urbano correspondió sin duda a los Ensanches, cuya investigación ha ido completándose gracias al estudio de los proyectos menores. La Tesis Doctoral del geógrafo francés Coudroy de Lille (1996), sobre el Ensanche de población en España, ha prestado apoyo para la primera obra general en español (López Trigal, 1999), que efectúa una breve aproximación de conjunto a las tres generaciones de Ensanches antes de dar paso al análisis de uno de los planes tardíos, el de León. De todos modos es obligado reconocer que aún no se publicó ninguna relación exhaustiva de los proyectos aprobados en el siglo xx.

Al transformar la estructura urbana, el desarrollo espacial de las ciudades traería consigo nuevas formas de segregación de clase y una diferenciación cada vez más acusada en los modelos de alojamiento. A propósito de ese particular constituye una aportación destacada la reciente obra de Castrillo Romón (2001) sobre la política reformista frente al problema habitacional, en el urbanismo español desde 1850 a 1920. Trabajos anteriores (Tatjer Mir, 1988; Delgado Viñas, 1993.) ya tomaron como objeto los conflictos de clase, y su relación específica con la propiedad y la residencia. Resta por mencionar otro frente de investigación relacionado con la salud pública y la modernización demográfica, cuyo enorme potencial de estudio (muerte y enfermedad, problemas higiénicos, avances técnicos) queda patente en el trabajo de Delgado Viñas (1995) acerca de la transición sanitaria en Burgos.

La interpretación del modelo urbano industrial se extiende obligadamente a la primera parte del Novecientos, pues es entonces cuando culminan los principales procesos, desde el cambio poblacional antedicho hasta la reforma interior o la extensión urbana, coronada esta con

el añadido de los extrarradios y periferias. Dentro de aquella fase de maduración los años veinte resultan bien individualizados por el impulso que el Estatuto Municipal primorriverista concedió a las obras urbanas, entre ellas las que permiten generalizar una morfología de ciudad jardín con Casas Baratas y hotelitos. Esa política municipal, en su vertiente de fomento de las obras públicas e infraestructuras urbanas, está estudiada por el grupo leridano para algunas ciudades de Cataluña (Alió; Coll; Ganau; Homs, 1992). En cuanto a épocas más recientes, el interés por la ciudad franquista parece decaer un tanto, quedando como objeto más destacado durante los últimos años la transformación de la ciudad tradicional, en ciudades como Badajoz o Sevilla (Fernández Sallinas, 1993).

Un grupo aparte dentro de la producción científica está formado por aquellas investigaciones que, teniendo como objeto la ciudad de hoy, indagan en el origen histórico de la estructura urbana, los usos del suelo y las formas actuales del paisaje. Parte de esos trabajos consolidan las materias fundamentales de la Geografía Urbana, como la propiedad y la promoción inmobiliaria. Variables con las que por ejemplo juega Canosa Zanora (1995) para interpretar el desarrollo espacial en la periferia nordeste de Madrid, desde la estructura de propiedad del Antiguo Régimen hasta la morfología catastral actual, las pautas de utilización y los mecanismos de ocupación del espacio. El paisaje urbano de la ciudad histórica es otro tema clásico que se revalida, al tratarlo en términos de desarrollo sostenible y como recurso cultural vinculado a la función turística (López Ontiveros, 1996).

Entre los objetos de estudio retrospectivo más novedosos sin duda se encuentra el marco físico de la ciudad tradicional y los elementos naturales definidores de su contorno, o con mayor incidencia en la composición urbana y en la definición de los procesos de crecimiento. Así han visto la luz los primeros trabajos que plantean la relación histórica entre ciudades y cursos fluviales (León, Sevilla), o interpretan la ocupación de espacios naturales como las marismas en el caso de Avilés (Alvargonzález; Roza Candás, 2000). De otro lado, y sin entrar en una relación prolija, son ilustrativos los estudios sobre periferias históricas: bien sean los suburbios de ciudad-jardín procedentes de principios de siglo (Las Palmas, Gijón, *La Castellana* en Burgos), o los escenarios del primer crecimiento extramuros en ciudades como Sevilla, donde se plantea una aproximación morfogenética al puzzle de elementos heredados a partir de los cuales se ha organizado la ocupación posterior (Valor Piechotta, 1998). La relación de materias cultivadas en ningún caso termina ahí, pues es preciso nombrar al menos los atlas ur-

banos históricos (Lleida, Las Palmas), los estudios sobre antiguos trazados ferroviarios (Valladolid, Oviedo) y sobre el parcelario urbano (Sendin García, 1999).

### Bibliografía citada

- A.A.V.V.: *Història urbana i intervenció en el centre històric*, Lérida, Generalitat de Catalunya, 1989.
- ALIÓ, M.A.; COLL, N.; GANAU, J.; HOMS, J.: *Quatre ciutats com a model. El finançament de l'obra pública urbana a Catalunya durant els anys vint*, Revista Espai-temps, Univ. de Lleida, 1992.
- ALMUEDO PALMA, J.: *Ciudad e Industria. Sevilla 1850-1930*, Diputación Provincial de Sevilla, 1996.
- ALVARGONZÁLEZ, R.: *Somió, la ciudad jardín de Gijón*. Gijón, Fundación Alvar González, 1999.
- ALVARGONZÁLEZ, R.; ROZA CANDAS, M.: *La desecación de marismas en la ría de Avilés en los siglos XIX y XX*. Gijón. Fundación Alvar González, 2000.
- CAMPESINO FERNÁNDEZ, A.: «El geógrafo en el planeamiento urbano», *Boletín de la A.G.E.*, n.º 2, 1985, pp. 24-36.
- CANOSA ZAMORA, E.: *La promoción inmobiliaria en la periferia NE de Madrid*, Madrid, Ministerio de Economía y Hacienda, 1995.
- CAPEL SÁEZ, H.: *Capitalismo y morfología urbana en España*, Barcelona, Los Libros de la Frontera, 1975.
- CAPEL SÁEZ, H.: «La geografía española tras la Guerra Civil», *Geocrítica*, n.º 1, Barcelona, 1976, 36 p.
- CARRERAS I VERDAGUER, C.: «La evolución morfológica de los suburbios industriales de tipo intersticial del siglo XIX», *Revista de Geografía*, VIII, n.º 1-2, 1974, pp. 57-76.
- CARRERAS I VERDAGUER, C.; MARGALEF, J.: «La evolución de las ciudades catalanas entre 1857 y 1875», *Ciudad y Territorio*, 1977, pp. 35-45.
- CARRERAS I VERDAGUER, C.: «Ciudades y geografía urbana en España desde 1950», *III Coloquio Ibérico de Geografía*. Barcelona. Universidad de Barcelona, 1984.
- CARRERAS I VERDAGUER, C.; LÓPEZ, P.: «Las ciudades y el sistema urbano», en BOSQUE MAUREL, J.; VILA VALENTI, J. (dir.): *Geografía de España*, Ed. planeta, 1990, pp. 373-517.
- CASTRILLO ROMÓN, M.: *Reformismo, vivienda y ciudad. Orígenes y desarrollo del debate en España 1850-1920*. Instituto de Urbanística, Universidad de Valladolid, 2001.
- CORTIZO ÁLVAREZ, T.: *León, propiedad y producción de suelo*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1984.
- COUDROY DE LILLE, L.: *L'Ensanche de población en Espagne: invention d'une pratique d'aménagement urbain (1840-1990)*. Université de Paris X Nanterre, 1996.

- DELGADO VIÑAS, C.: *Clase obrera, burguesía y conflicto social, Burgos 1883-1936*, Valladolid, 1993.
- DELGADO VIÑAS, C.: «El medio ambiente urbano: las deficiencias higiénicas en la transición demográfica de las ciudades españolas. Burgos 1850-1936», *Ería*, n.º 37, 1995, pp. 159-177.
- FERNÁNDEZ SALINAS, V.: *La reforma interior de Sevilla 1940-1959*, Universidad de Sevilla, 1992.
- FERNÁNDEZ SALINAS, V.: «Huellas del pasado y pistas para el futuro en el crecimiento extramuros de la Sevilla contemporánea», en VALOR PIECHOTTA, M.; ROMERO MORAGAS, C. (coord.): *Sevilla Extramuros. La huella de la historia en el sector oriental de la ciudad*, Universidad de Sevilla, 1998, pp. 195-241.
- GARCÍA BALLESTEROS, A.: «La aportación de Manuel de Terán a la geografía urbana», *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, Madrid, 1981, pp. 315-321.
- GARCÍA MERINO, L.V.: *La formación de una ciudad industrial. El despegue urbano de Bilbao*, Bilbao, Instituto Vasco de Administración Pública, 1987.
- GÓMEZ MENDOZA, J.: «Desamortización y morfología urbanas en Alcalá de Henares en el siglo XIX», *Estudios Geográficos*, n.ºs 138-139, 1975, pp. 479-508.
- HIGUERA ARNAL, A.: «El papel del geógrafo en las investigaciones sobre el espacio urbano», *Geographicalia*, n.ºs 11-12, 1982, pp. 31-42.
- IZQUIERDO ÁLVAREZ, S.: «Felipe II y el urbanismo moderno», *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, Madrid, n.º 13, 1993, pp. 81-111.
- JIMÉNEZ GARCÍA, M.: *La evolución urbana de Valladolid en relación con el ferrocarril*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1992.
- LÓPEZ ONTIVEROS, A.: «Caracterización geográfica de Andalucía según la literatura viajera de los siglos XVIII-XIX», *Ería*, n.ºs 54-55, 2001, pp. 7-53.
- LÓPEZ ONTIVEROS, A.; NARANJO MARTÍNEZ, J. (coord.): *Córdoba Patrimonio Cultural de la Humanidad. Una aproximación geográfica*. Ayuntamiento de Córdoba, 1996.
- LÓPEZ TRIGAL, L. (Ed.): *Los Ensanches en el urbanismo español. El caso de León*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- MARTÍNEZ DE PISON, E.: *Segovia. Evolución de un paisaje urbano*. Madrid, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, 1976.
- MAS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca*, Madrid, I.E.A.L., 1982.
- MAS HERNÁNDEZ, R.: «El Registro de la Propiedad y el análisis geográfico de la propiedad urbana y territorial», *Jornadas de Geografía y Urbanismo*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1986, pp. 143-154.
- MAS HERNÁNDEZ, R.: «Sobre la geografía urbana en España», en *Historia urbana e intervenció en el centre històric*, Barcelona, Revista Cartogràfica de Catalunya, 1989.
- MAS HERNÁNDEZ, R.: «Lecturas históricas del plano de Madrid», *Catastro*, enero 1993, pp. 25-42.
- PÉREZ GONZÁLEZ, R.: «La Laguna. Notas de Geografía Urbana», *Estudios Geográficos*, n.º 124, 1971, pp. 443-564.

- QUIRÓS LINARES, F.: «Patios, corrales y ciudadelas. Notas sobre viviendas obreras en España», *Ería*, 1982, pp. 3-54.
- QUIRÓS Linares, F.: *Las ciudades españolas en el siglo XIX*, Valladolid. Ed. Ambito, 1991.
- ROMERO GONZÁLEZ, J.; AZAGRA ROS, J.: «La propiedad del espacio periurbano en la Valencia del Ensanche: apuntes para un estudio de Historia Urbana», *Catastro*, enero 1993, pp. 8-25.
- RUIZ PALOMEQUE, E.: *Estudio de la ordenación y transformaciones del casco antiguo madrileño*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1976.
- SENDIN GARCÍA, M.: «La iniciativa oficial como difusora de barriadas de bloques y colonias en Gijón», *Ería*, n.º 21, 1990, pp. 23-44.
- SENDIN GARCÍA, M.: *Las transformaciones en el paisaje urbano de Gijón (1834-1939)*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, 1995.
- SENDIN GARCÍA, M.: «El plano parcelario de la ciudad preindustrial y ensanche de Gijón», *Ería*, n.º 50, 1999, pp. 305-327.
- SUÁREZ JAPÓN, J.M.: *El derribo de las murallas de Cádiz*, Universidad de Cádiz, 1999.
- TATJER MIR, M.: «De lo rural a lo urbano: parcelaciones, urbanizaciones y ciudades jardín en la Barcelona contemporánea (1830-1930)», *Catastro*, enero 1993, pp. 53-63.
- TATJER MIR, M.: *Burgueses, inquilinos y rentistas. La Barceloneta 1753-1982*, Madrid, C.S.I.C., 1988.
- TOMÉ FERNÁNDEZ, S.: *Oviedo, la formación de la ciudad burguesa 1850-1950*, Oviedo, Colegio de Arquitectos de Asturias, 1988.
- TROITIÑO VINUESA, M.A.: *Cascos antiguos y centros históricos. Problemas, políticas y dinámicas urbanas*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Transportes, 1992.
- SUÁREZ JAPÓN, J.M.: *El derribo de las murallas de Cádiz*.
- VALENZUELA RUBIO, M.: «El geógrafo ante la crisis urbana. Sobre la aplicación de la Geografía y otras polémicas», *Boletín de la A.G.E.*, n.º 2, 1985, pp. 13-24.
- VILA VALENTÍ, J.: «La Geografía en la Península Ibérica y en Iberoamérica». *La Geografía actual, geógrafos y tendencias*, Ariel, Barcelona, 1986. pp. 251-275.
- VILAGRASA I IBARZ, J. (1985): «La Geografía histórica anglosajona». *Revista catalana de Geografía*, n.º 0, pp. 31-46.